

El «falo» como lazo erógeno y social

*La cuestión del falo en el centro de la discusión
sobre sexualidad en psicoanálisis*



JAVIER GARCÍA¹

Los cambios en la sexualidad humana, tanto en su armado corporal erógeno y psíquico como en sus relaciones de intercambio socialmente aceptadas: identificaciones sexuales, elección de pareja, formas y estructuras de familia y nuevas modalidades de descendencia, nos replantean los conceptos básicos que el Psicoanálisis desarrolló para la comprensión de la sexualidad humana desde los finales del siglo XIX. Algunos autores pueden situarse en una posición que sostiene que no hay cambios sustantivos que afecten la estructura psíquica, la conformación de la sexualidad humana y su sistema de relaciones. Otros, apoyados en una preeminencia de lo social sobre lo psíquico, trasladan los cambios sociales a la conformación de la sexualidad humana. Están quienes, por otra vía, se basan en los descubrimientos genéticos y de las neurociencias, sortean el conflicto psíquico y social y establecen causas directas en motivos biológicos. El Psicoanálisis tiene un campo de acción en investigación y conocimiento relativamente nuevo, pero además epistémicamente difícil de definir y mantener en su especificidad respecto de las otras disciplinas mencionadas, por lo que se nos hace necesario insistir en el trabajo sobre los conceptos psicoanalíticos

1 Médico Psiquiatra, Psicoanalista. Miembro Titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay.
e-mail: gp@adinet.com.uy

básicos que participan en esta discusión y dentro de los parámetros propios del aporte psicoanalítico.

El concepto de falo es, no solo en sus evocaciones de imagen sino en su función, un pivote que nos permite replantearnos los nuevos armados erógenos, lazos erógenos, sus relaciones con la prohibición del incesto, con las leyes de intercambio sexual, el desuso del concepto de perversión y la necesidad de replantearlo, es decir, las relaciones entre los armados erógenos y las nuevas legalidades de los intercambios sexuales.

DISCUSIÓN EN TORNO AL CONCEPTO DE FALO

La teoría freudiana de la sexualidad necesita ser repensada a partir de los cambios sociales de sistemas de relaciones en torno a la sexualidad, los cambios ideológicos en relación a las ideas de hombre y mujer, así como a las diferentes sexualidades en que hombres y mujeres se ordenan desde sus singularidades. No es nada nuevo en realidad que las sexualidades son diversas aún dentro de formatos ordenadores comunes: monogamia, heterosexualidad, etc. No es novedad tampoco que las sexualidades sean diversas aún dentro de sexos biológicos macho-hembra definidos. Así, la teoría sexual en Psicoanálisis, a diferencia de la biología y de teorías psicológicas vinculadas a la conducta, incluye en la subjetividad la fuerza y orden –impronta– de la cultura y el poder del deseo inconsciente de los otros significativos para el niño. La sexualidad en Psicoanálisis engarza tanto un hecho «real» como lo es la excitación erógena, como un hecho cultural resultado de la experiencia de esa erogeneidad con los otros que son también sujetos de deseo, en formatos inconscientes bajo la forma de «imágenes».

Las etapas del desarrollo libidinal descritas por Freud (oral, anal, fálica) reúnen: 1°_ una zona de excitación erógena «real» gozosa; 2°_ un lugar de intercambio con otros que, a su vez, son sujetos de deseos y cultura y, 3°_ una estructura de los intercambios que pauta la introducción a sistemas simbólicos de la cultura (lenguaje, relaciones de intercambio, etc.) –lo cual es secundario al punto 2–.

Este nuevo campo inaugurado por Freud y alimentado por diferentes vertientes psicoanalíticas posteriores, nos permite zafar de la trampa teórica que se plantea como dicotomía naturaleza-cultura. No obstante,

este campo epistémico y práctico de nuestro trabajo, no siempre queda reconocido como diferente, ni siquiera entre psicoanalistas, pues el propio texto freudiano oscila, duda y es por momentos contradictorio. Así, que fuera planteada «la anatomía como destino» y que no se estableciera claramente una diferencia entre los conceptos de «falo» y «pene» por ejemplo, parecen fundir las paredes que la brecha de la investigación y teorización psicoanalítica abrió entre una zona de la biología, otra de la cultura y una específica del Psicoanálisis, allí donde la medicina y la sociología fracasaban sistemáticamente, con los conflictos sexuales inconscientes (con las histerias, por ejemplo). Reconozcamos que la distinción biología-cultura es difícil de realizar, especialmente por el carácter ideológico de nuestros pensamientos y porque él mismo sucumbe a estas trampas.

Si para Freud «*la anatomía es el destino*»², refiriéndose a las identificaciones sexuales, ¿cómo entender la complejidad de las identificaciones sexuales que se cristalizan con el *sepultamiento del Complejo de Edipo*, tal como las plantea en «El yo y el ello»? ¿Qué relación puede haber entre un destino anatómico y la operación tan lejana a la anatomía que supone el concepto de una madre fálica, que deberá ser castrada para poder sepultar el Complejo? ¿Qué falta de linealidad conceptual entre el devenir masculino y la necesidad previa del niño de un Edipo negativo, amor al padre que le permitirá resignarlo como objeto de amor para identificarse con él?

Podríamos ver en este tipo de pensamiento natural y finalista en Freud, tanto un destino fijado por la naturaleza como un forzamiento de la resolución del conflicto psíquico en un sentido acorde con la naturaleza. No es de extrañar que este fuera el pedido social sobre Freud en tanto médico dedicado a desviaciones de las normas aceptadas. Hoy los pedidos no

2 Sigmund Freud, «*El sepultamiento del complejo de Edipo*», Bs. As., Amorrortu, 1924. «*La anatomía es el destino, podríamos decir glosando una frase de Napoleón. El clítoris de la niña se comporta al principio exactamente como un pene; pero cuando la sujeto tiene ocasión de compararlo con el pene verdadero de un niño, encuentra pequeño el suyo y siente este hecho como una desventaja y un motivo de inferioridad*». Esta cita deja en evidencia que tanto la niña como el varón disponen de falo real erógeno productor de goce (anatómicamente en uno llamado pene y en el otro clítoris), lo que varía es la comparación de la aparición en la imagen que esa zona gozosa posee en uno y en otro. Tomar la anatomía y sus designaciones –nombres– como lo real del cuerpo erógeno es lo que confunde en deslindar pene de falo erógeno real, pues este último es tanto el pene como el clítoris.

son menos intensos pero, quizás, las maneras prevalentes de sortear los conflictos inherentes a las singularidades sexuales humanas y de explicar normativamente las singularidades, pasen más por encontrar un motivo neurobiológico y genético que explique que el destino, en realidad, ya estaba genéticamente fijado y por lo tanto no hay conflicto sexual y humano. Si para algunos fue removedor y lúcido enfrentarse al cuadro de Magritte donde aparecía el dibujo de una pipa que decía que eso no era una pipa, planteando el problema entre lo real, lo representado en imagen y la palabra, no resultaba igualmente esclarecedor que frente a la percepción de un cuerpo con pene se dijera esto no es –necesariamente– un hombre o, como intentaremos decir, que un falo no es un pene (necesariamente) y viceversa. Esta última opción queda más clara puesto que un pene en posición castrada no evoca un falo. Esto nos puede ayudar a desentrañar algunos nudos teóricos freudianos, distinguir un concepto de «falo imagen», otro de «falo» como ordenador «simbólico» y otro, no siempre nombrado: un «falo real», que viene de un territorio no psíquico sino como excitación erógena fálica presente tanto en el varón como en la niña y causa de goce. Se podría pensar que este territorio no psíquico es el cuerpo biológico, pero no es así. El cuerpo biológico no es un cuerpo «real» sino una construcción científica (imaginaria y simbólica) del cuerpo. El territorio no psíquico, excéntrico, al que refiero, es el cuerpo «real». Si este lado real no existiera Freud no hubiera definido al «falo» imagen (pene) como zona erógena. Cuando del goce real se pasa a la imagen del pene se entra en el campo de la observación al que está tan vinculada la biología y la anatomía en especial y este ha sido, a través de la historia del conocimiento humano, un campo especialmente engañoso, pues la imagen tiene una pregnancia que se impone como verdad o como si fuera real.

No solo para la sociedad en general sino para el ambiente psicoanalítico también, la alternativa de diferentes identidades o posiciones sexuales y elecciones de objeto así como la diferencia entre pene y falo, significan un «golpe», un cambio importante. Seguramente esto tiene que ver más con las creencias existentes y con los predomios ideológicos que con la teoría que se desprende de nuestra práctica y con los «hechos» del mundo, pues estas diversidades sexuales son tan viejas como la cultura y los hombres, bajo muchas formas. Pero si hasta hace un siglo las ciencias no nos

permitían separar el placer sexual de la reproducción, cosa que muchas religiones aún no permiten, podemos ver la influencia decisiva de nuestras creencias e ideologías sobre nuestros pensamientos. Para el hombre la reproducción es decisiva para su supervivencia pero, para los hombres, para cada hombre, la reproducción es decisiva por su valor simbólico-afectivo. Sin esta diferencia no nos es posible entender, por ejemplo, los deseos de adopción y sus múltiples formas.

FALO Y ORGANIZACIÓN GENITAL INFANTIL

Falo, del latín, designa el órgano genital masculino, en algunos casos enfatizando su lado simbólico. Aunque en general se lo toma en su forma tumescente, para el falo erecto y su culto en griego se usa la designación itifálico (ithus: recto). La palabra falo fue poco usada por Sigmund Freud³ y de forma no distinguible claramente del pene. El adjetivo «fálico» sí es de uso frecuente en la obra.

En su trabajo de 1923 sobre la «organización genital infantil»⁴ Freud hace un agregado, una corrección fundamental a su texto de 1915 incluido en «Tres ensayos...» ubicando en la infancia una etapa donde las pulsiones parciales se organizan en torno a los genitales. Es un momento organizador de la estructuración psíquica. ¿Qué es lo que organiza? Un goce vinculado a la excitación erógena fálica –tanto en la niña como en el varón– con una fantasía sexual edípica y una angustia específica a ella (angustia de castración) vinculada a la prohibición del deseo incestuoso. También organiza fases libidinales con sus pulsiones parciales y objetos (oral y anal) en torno a la excitación genital infantil. De modo que las distintas fases con sus pulsiones parciales pueden persistir y mantener su goce en la medida en que se organicen con una finalidad del goce genital infantil.

¿En qué consiste esa genitalidad y el concepto de falo que se desprende desde ese texto? La masturbación infantil, segundo momento de la

3 El autor la usó al referirse a la renegación y al fetichismo.

4 Sigmund Freud, «La organización genital infantil (Una interpolación en la teoría de la sexualidad)», Bs. As., Amorrortu, 1923.

masturbación en el niño, alrededor de los 4 años, centra erógenamente la sexualidad infantil en los genitales, zona erógena privilegiada en esa etapa. Pero Freud se encarga de decir allí que no es exactamente una primacía genital pues solo se concibe un genital, el masculino, y por ello la denomina etapa fálica.

Nosotros deberíamos poner en cuestión que solo se reconozca un genital, el masculino, cuando aclara que es una etapa pregenital. También corresponde poner en cuestión que sea el genital masculino lo que denominamos «falo». Deberíamos deslindar y afirmar un primado del falo, no de un genital. Si bien Freud descubrió el papel organizador del falo, como eje del complejo de Edipo y castración y su función organizadora de la estructura del psiquismo, lo que no distinguió fue que lo que describía era un escenario fantástico, donde el pene se erigía como imagen o representación fálica. *«Todos los seres humanos tienen pene pero lo pueden perder por castración»* muestra justamente que se trata de un escenario fantástico, al mismo tiempo que fuertemente impregnado de ideología falo centrista. Si lo que Freud descubre es una etapa pregenital no están en juego los genitales, ni el pene ni la vagina. Es un exceso decir que el falo es masculino así como decir que la libido es masculina. Aunque a primera vista resulta contrastante, deberíamos reconocer que en psicoanálisis, sustentado en la noción eficaz de cuerpo erógeno, no es fácil hablar de genitalidad en su sentido natural o biológico. Como la boca y el ano no concuerdan entre su erogeneidad y su función, lo mismo sucede con la zona genital-pregenital. No hay isomorfismo ni necesariamente armonía entre la erogeneidad oral y la alimentación, como no la hay entre la erogeneidad anal y la defecación ni entre la erogeneidad genital-pregenital y la reproducción ni con la genitalidad adulta.

De la misma forma no hay relación directa y menos unificación entre falo y masculinidad. Es más bien la posición en relación al falo lo que puede definir la masculinidad y la feminidad. Pero para ello ya deberemos deconstruir la centralidad de la imagen del falo.

Lo que no parece ponerse en cuestión es que tanto en la niña como en el varón existe una etapa donde se desarrolla con privilegio sobre otras zonas erógenas, una masturbación infantil y/o una excitación erógena en la que luego del desarrollo será la zona genital. La excitación de una zona, tanto espontáneamente como con el agregado de la masturbación, es un dato

central en la teorización freudiana. Es una zona erógena pregenital para ambos sexos, cuya excitación y sensación de voluptuosidad podríamos llamar «fálica» para ambos sexos, pudiendo o no imaginarse como pene.

Esta idea permitiría superar la idea de un único registro frustración-gratificación que es el que sustenta la hipótesis de la desaparición del deseo (afanisis). Para Freud esta importante investidura narcisista en el pene del varón será el motivo de la resignación de la investidura de los objetos parentales dada la amenaza de castración y la observación de que las niñas no tienen pene o que el pene se puede perder. Que el pene se puede perder, sacar, destornillar, castrar-encastrar (pequeño Hans)⁵, parece una herencia de las experiencias libidinales y transformaciones de la fase anal. Recordemos que Freud sitúa en esa etapa la culminación de un proceso de discriminación adentro-afuera, yo-no yo. Proceso ligado a la función del orificio y del esfínter muscular y a la transformación del objeto anal interno a su separación y pérdida pero transformado en don, como regalo a cambio de amor.

Hay innumerables ejemplos que dan cuenta de esta fantasía de castración. La posibilidad de la castración pone fin a las vertientes tanto positiva como negativa del Edipo en el varón.

Para la niña Freud también describe una etapa fálica y un complejo de castración. El clítoris cumple una función similar al pene en el varón y esto se corresponde con la excitación erógena de ambas zonas. La visión del pene de un varón es para Freud lo que (precipita) introduce a la niña al Edipo, de modo mucho más contundente que la terminación del Edipo en el varón. Lo ve, reconoce que no lo tiene y que quiere recibirlo. Envidia del pene, reproche a la madre que no se lo dio y luego, resignación de querer tener un pene por sustitución por el deseo de tener un hijo del padre. El complejo de castración que sepulta el complejo de Edipo en el varón, lo introduce en la niña.

Esta formulación aquí muy resumida es el ABC del conocimiento psicoanalítico de la sexualidad y su estructura humana.

La escuela inglesa ha cuestionado duramente el falocentrismo freudiano, su concepción de un solo sexo en la infancia: el masculino.

5 Sigmund Freud, «Análisis de la fobia de un niño de cinco años (Pequeño Hans)», En: *O. C.* Tomo X, p. 81. Bs. As., Amorrortu, 1909.

La formulación más discutida, fue la que realizara E. Jones en 1926 y 1932. Para Jones hay dos sexos desde el inicio y la presencia del pene en el varón solo le daría un recurso defensivo frente a las ansiedades que genera el sadismo uretral. El varoncito podrá ejercer activamente ese sadismo al mismo tiempo que la persistencia del pene le permite reconocer que ese sadismo no fue letal. La envidia del pene en la niña Jones la remite a un deseo de recibir el pene, propio de la femineidad y, la castración, a un riesgo de perder la sexualidad o afanisis.

La discusión intensa no se hizo esperar cuando J. Lacan distingue privación, castración y frustración y sitúa la afanisis en el gran Otro.⁶ Fundamentalmente distingue la sexualidad en psicoanálisis de los recorridos de la biología, a los cuales parece muy adherido E. Jones. Sin duda que Freud ya formulaba los destinos de la identificación sexual a las consecuencias del Complejo de Edipo y no a la sexualidad biológica. Pero tampoco olvidamos su referencia al destino anatómico. Esta afirmación ha sido y es un obstáculo en la comprensión psicoanalítica del tema, como lo es, en mi opinión, adjudicarle a la libido características masculinas, tanto en el hombre como en la mujer. Esta unión de la libido con lo masculino es consustancial a que en la infancia existe un solo sexo, el masculino y es muy difícil separar ambos conceptos de una ideología falocéntrica en el sentido de androcéntrica...

6 Jacques Lacan, *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis* (1964): «Solo hay surgimiento del sujeto en el nivel del sentido por su afanisis en el lugar Otro, que es el del inconsciente».

Jacques Lacan, Seminario 6. *El deseo y su interpretación*. Clase 6 del 17/12/58: «No es necesario sorprenderse de que el término 'afanisis', que quiere decir eso, desaparición, y sobre todo, del deseo, verán que en el texto de Jones es claramente de eso de lo que se trata; es eso lo que él articula, ese término que le sirve de introducción, en razón de una problemática que le ha dado muchas preocupaciones: las relaciones de la mujer con el falo, de lo cual no se liberó jamás. El usa inmediatamente esta afanisis para ubicar bajo el mismo denominador común las relaciones del hombre y de la mujer a su deseo, lo que lo arroja en un impasse, ya que lo ignorado es, precisamente, que esas relaciones son fundamentalmente diferentes, y únicamente, puesto que está allí lo que Freud ha descubierto, a causa de sus asimetrías en relación al significante falo.» Ver también: El Seminario 4. *La relación de objeto*. Clase 13. *Del complejo de castración*. 13/3/57. Es un concepto que se lo puede leer en diferentes seminarios de Lacan como en el Seminario 6: *El deseo y su interpretación*, El Seminario 9: *La identificación*, Clases de 15 a 18 y 23. Seminario 10: *La angustia*, Clases 17, 18 y 23.

DISCUSIONES DESDE VERTIENTES SOCIOLOGICAS-ANTROPOLÓGICAS Y POSICIONES QUEER

Me referiré a algunos aportes y discusiones de Judith Butler. Ella sostiene una noción «per formativa» o «realizativa» (derivada de Austin) de los discursos sobre el sexo. Si bien estas acciones podrían no implicar al género, sin embargo Butler termina cuestionando la diferencia entre sexo y género, pues la acción performativa sería sobre la propia sustancia del sexo, sobre los cuerpos.

Las acciones del lenguaje o de los lenguajes (cultura y deseo de los padres) sobre la sustancia de los cuerpos y, en especial, sobre el cuerpo erógeno, que se construye en la experiencia inconsciente mutua del bebé y los padres (o quienes estén en esa función), son material especial del Psicoanálisis. Lo que Butler dice con mucha claridad es que no hay una relación continua entre sexo (macho, hembra, u otras configuraciones genéticas), género y deseo sexual.⁷

Como son discutibles los beneficios de incorporar al Psicoanálisis el concepto de género⁸ (hay puntos a favor y otros en contra), podríamos decir que no hay continuidad necesaria entre sexo (macho-hembra), deseos sexuales, identificaciones sexuales y elecciones de objeto, de modo de mantenernos con conceptos psicoanalíticos clásicos. Esto no es una deducción teórica sino un hecho de experiencia, actual y en toda la historia de la humanidad de distintas formas y bajo formatos culturales diferentes. Hay una inestabilidad en la sexualidad humana, tanto en los deseos, las identificaciones y las elecciones de objeto, que nosotros basamos en una bisexualidad constitutiva (probablemente en mayor o menor grado según las constituciones..., dirá la genética) y en las alternativas de las experiencias sexuales inconscientes del bebé y del niño-a en relación al Edipo. Que todo esto tenga que desembocar necesariamente («normalmente») en una identificación secundaria sexual con el sexo de

7 Judith Butler, *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Bs. As., Paidós, 2007.
— *Deshacer el género*. Bs. As., Paidós, 2006.

8 Robert Stoller en 1968, antes John Money en 1955.

nacimiento, sus deseos correspondientes y elección de objeto del sexo opuesto, no impide el carácter inestable de estos procesos en la realidad psíquica de cada sujeto y parece hablar de que se trata más de un destino normatizado por la cultura que de una necesidad interna. Por otra parte, también la cultura puede llevar a otras posiciones sexuales del deseo e identificatorias (!). Tanto los deseos sexuales como las identificaciones tienen un forzamiento adaptativo, a veces cruel para algunas personas, dentro de lo que podemos ubicar en el malestar de la cultura. Las ideas de Butler son muy agitadoras y nada nos exige su aceptación in toto, pero pienso que es una pensadora inteligente, con fuerte fundamentos en Foucault y Derrida y lectora de Freud, Lacan y últimamente más cercana a las ideas de Laplanche.

Para decirlo de otro modo al de Butler, como lo expresó la Sociedad Argentina de Pediatría recientemente, siguiendo un texto de Eva Giberti, biológicamente se nace macho o hembra pero no se nace hombre o mujer pues la sexualidad se adquiere.^{9,10}

ALGUNOS PUNTOS CRÍTICOS PARA REFLEXIONAR

Situaré algunos puntos de reflexión crítica y estudio pendiente:

1. Existen consecuencias de la diferencia corporal de los sexos, pero, ¿cómo situarlas en su complejidad pues no existe una relación directa entre diferencia sexual corporal y sexualidad psíquica?
2. Existen, también, consecuencias corporales de las diferencias psíquicas de los sexos y de las concepciones sociales de los mismos, en una acción performativa de los discursos, pero ¿cómo conceptualizarlas en Psicoanálisis?

9 Sociedad Argentina de Pediatría; Grupo de Trabajo Derechos del Niño; Comité Nacional de Familia y Salud Mental; Comité Nacional de Pediatría Ambulatoria. Buenos Aires, Informe presentado el 28 de Junio 2010.

10 Giberti. *Adopción*. Siglo XXI, Bs.As., Sudamericana, 2010.

3. Hay una asimilación falo-pene que determinó el uso mismo de la palabra falo, cuando lo que sustenta la fase genital infantil es una excitación erógena genital-pregenital cuya voluptuosidad imaginizada parece consistir en el «falo» pero no siempre en un pene. Las imaginaciones referidas parecen depender tanto de las consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica o escritural del cuerpo como de los discursos ideológicos de la cultura sobre las sexualidades y sus imágenes.

El falo es una imagen completa, voluptuosa, brillante y suele imaginarse como pene, pene en erección que resalta en su imagen el grandor, la tumescencia, el vigor y esto es así aunque Lacan sostenga que no es una fantasía¹¹ (J. Lacan: Escritos), pues de esa erección dependerá el acto. Sin embargo el falo en el acto no está en el pene erecto sino en el partenaire, como causa del deseo. El falo como imagen no es el pene necesariamente, es la idealización de la anatomía como «todo».

¿Cómo vincular tan «naturalmente» esta imagen de falo al pene de un niño en esa fase? Ni tiene gran tamaño ni tiene gran poder. Lo que sí tiene, como la zona genital-pregenital de la niña, es un monto muy intenso de excitación gozosa, espontánea y por masturbación, a la que se atribuyen imágenes de poder, vigor, brillo, etc.

Estas afirmaciones no necesariamente avalan al concepto de Jones de afanisis en contraposición a «castración» si se considera la función del Otro y la discriminación de registros (RSI) que permite superar la idea de un único registro frustración-gratificación que es el que sustenta

11 Jacques Lacan, Escritos 1, *La significación del falo*, p. 283. Bs. As., Siglo XXI. «El falo aquí se esclarece por su función. El falo en la doctrina freudiana no es una fantasía, si hay que entender por ello un efecto imaginario. No es tampoco como tal un objeto (parcial, interno, bueno, malo, etc...) en la medida en que ese término tiende a apreciar la realidad interesada en una relación. Menos aún es el órgano, pene o clítoris, que simboliza. Y no sin razón tomó Freud su referencia del simulacro que era para los antiguos. Pues el falo es un significante, un significante cuya función, en la economía intra-subjetiva del análisis, levanta tal vez el velo de la que tenía en los misterios. Pues es el significante destinado a designar en su conjunto los efectos del significado, en cuanto el significante los condiciona por su presencia de significante.»

la hipótesis de la desaparición del deseo (afanisis). Pero, claro está, esta idea también se aparta de la concepción lacaniana en varios puntos, entre otros, respecto a la idea de mujer, de falo y de cuerpo erógeno. La discusión Freud-Jones-Lacan puede ser objeto, ella misma, de un prolongado estudio que no podré encarar aquí. Sí debo decir que Lacan, siguiendo o partiendo desde un punto fuerte de la teorización freudiana, enfatiza la importancia decisiva de la visión del genital femenino a los efectos de ubicarla como la falta del Otro. Esto es lo que constituye la triangularidad edípica y lo que instala la dimensión del deseo. Es un lugar de intenso intrincamiento de los tres registros, pues el pene real se marca por una amenaza imaginaria y su símbolo se hace significativo en el punto donde aparece la falta como negativización en el registro imaginario y en la cadena significativa. Esta falta limita al Otro en su goce (afanisis del gran Otro para Lacan) y permite la propia castración o límite del goce autoerótico (masturbación fálica infantil) así como el surgimiento del sujeto de deseo en tanto significativo del deseo: significativo fálico que surge como elemento positivo desde la negativización imaginaria fálica de lo que se espera ver en el Otro. Claramente la afanisis en Lacan, por el contrario que en Jones, posibilita el deseo en un nivel significativo (que Jones no distingue) y aparece como consecuencia de un sacrificio como se lo ve en los actos rituales de pasaje, donde algo se marca y pierde en lo real a través de un acto imaginario con valor de símbolo.

A los efectos de sobrevivir, al menos en parte, a la condensación en la que me he sumido en el desarrollo de estos conceptos, trataré de situar los polos conceptuales que pienso debemos tener en cuenta y ponderar en sus interacciones. Lo que en Jones aparece como un polo naturalista prevalente y que se condice con algunos momentos del pensamiento freudiano que remiten a la biología como sustrato y como destino, pienso que deberíamos cuestionarlo. ¿Se trata aquí de la noción de cuerpo que nos es productiva en psicoanálisis? La noción que nos aporta la biología ya es una construcción simbólica e imaginaria que recorre otras autopistas. La descripción observacional naturalista ya es, también, un constructo imaginario múltiplemente determinado. En psicoanálisis el cuerpo requiere ser pensado en la intersección de la erogeneidad y las huellas o marcas que dejan las experiencias erógenas con los otros

(Coreo-grafías erógenas)¹². Una escritura erógena inconsciente que incorpora lo que el cuerpo tiene de real, en sus diferencias, pues es allí donde se excavan gozosamente los significantes en un sentido amplio. Esta zona es materia de discusión y controversia. Siguiendo esta línea lo que Freud llama falo, refiriéndose al pene investido erógenamente, excitado en goce auto erótico, se corresponde con la experiencia erógena que la niña tiene con sus genitales (pregenitales), especialmente pero no solamente con su clítoris. Esta experiencia de excitación gozosa que se ejemplifica en la segunda masturbación infantil, se imaginaria de alguna forma y hace a lo que conocemos como falo imaginario. Es el gran pene en erección o todo el cuerpo hecho falo en la seducción (seducido) del Otro (por el Otro), etc.

Tiene algo de sorprendente decir que una imagen fálica, un phallus, no tiene por qué ser algo masculino, símbolo de la sexualidad sin dudas, pero especialmente del goce sexual, de un horizonte de goce esperado (o ¿prometido?) más allá de la diferencia de sexos. Un uso fantástico y/o ridículo que puede desafiar o testimoniar, pero que difícilmente pueda dejar de ser visto por un humano y aunque se imagine como «Wally», siempre marca o establece diferencia. Diferencia ostensible o diferencia disimulada, pero siempre diferencia. Inevitablemente el pensamiento, las ideologías, la estructura social, adjudican valor a esas diferencias, lo que determinará sus leyes de circulación e intercambio, las inclusiones y las exclusiones del sistema.

FALO-CENTRISMO, PATRIARCADO Y DIFERENCIAS DE SEXOS

Un apoderamiento del imaginario fálico ha caracterizado al hombre en gran parte de la historia y las culturas (hay excepciones) y esto ha sido a los efectos de la concentración del poder (pater familias). El falo centrismo y el *falogocentrismo* que plantea Jacques Derrida¹³, es la lógica

12 Javier García, *Cuerpo e inconsciente. Coreografía, cuerpo e inscripción*. Conferencia en el Aula Magna de la Universidad de Córdoba. 2003. *Rev. Docta*, Córdoba, año 3, número 2, otoño de 2005. Coreo-grafías. Inscripciones arcaicas. Presentado en las IX Jornadas Psicoanalíticas de la APU de 1995. En: *Lo arcaico, temporalidad e historización*, APU, Montevideo, 1995.

13 J. Derrida adopta el término o constructo «falogocentrismo» alrededor de 1965, para mostrar un intrincamiento entre el logocentrismo y el falocentrismo. En esta articulación se observa una →

interna del patriarcado y constatamos que el poder del padre en la familia ha ido disminuyendo históricamente, no solo en el siglo xx. Primero por el pasaje de su autoridad a la iglesia (elección de pareja para sus hijos por ejemplo). Segundo, al estado: pérdida de la capacidad de decidir sobre su herencia; límites de la patria potestad. Y, sobre todo y más cercanamente por la sucesiva y progresiva adquisición de derechos de la mujer y los niños consecuentes a las demandas de trabajo femeninos y a las necesidades de consumo del mercado. La separación entre la sexualidad y la reproducción que permitieron mayor libertad a las mujeres a partir del control de la natalidad con los anticonceptivos coincide con la fuerte irrupción de movimientos ideológico-políticos que defendían sus derechos durante los años 60. Lo cual también coincide con el inicio de la rebelión gay en Stone Wall Inn, Green Village, New York (1969). Los fines de los 60 con gritos que estallaban en distintas partes del mundo y desde colectivos e intereses muy diferentes, pienso que ayudaron a cambiar decisivamente el futuro de las ideologías y sus estructuras, como de la sexualidad y los modos de parentesco. No porque hayan surgido allí proyectos ideológicos nuevos –crítica frecuente y fuerte que se le hace al 68– sino más bien porque fueron gritos que sacudieron las ideologías y creencias existentes a partir de acontecimientos (Badiou)¹⁴. También las críticas al Psicoanálisis como *falo céntrico* surgieron fuertemente en esa época (Foucault, Deleuze, Althusser) y la respuesta de Lacan al separar el Falo del pene no dejó de plantear la privación real de pene en la mujer como decisiva y a un significativo falo-amor dentro de una estructura simbólica que parece concebirse como a-histórica e inmutable.

discusión entre Derrida y Lacan que en su texto sobre el significado del falo de 1958 ubica al falo como significante privilegiado que articula el deseo y el logos, donde radica la crítica derrideana de falocentrismo. En una entrevista de Catherine Paoletti a Derrida del 14 al 18/12/1998, Derrida dice: «En cierto modo, la cuestión de la diferencia sexual atraviesa en efecto todos mis textos desde el principio, y el hecho de que la deconstrucción haya sido, de entrada, una deconstrucción del falocentrismo, de manera esencial, o del falocentrismo, subraya muy bien que lo que la deconstrucción pone en cuestión es cierta autoridad masculina, en nombre sí no de la feminidad, sí al menos de la diferencia sexual.» Derrida, *De la Gramatología*, 1967. J.Derrida, «La tarjeta postal: De Freud a Lacan y más allá» (1986.)

14 Badiou, Alain. *El ser y el acontecimiento*. Bs. As. Manantial, 1999.

Pero por otro lado tanto la separación entre la sexualidad y la reproducción, la independencia de la sexualidad respecto al matrimonio y otros, se consideraron cambios negativos y contrarios a la condición humana. Respecto a los métodos anticonceptivos se consideró también que se trató de un cambio contra natura, así lo leyó la iglesia por ejemplo. Controlar la reproducción e independizar lo sexual de lo reproductivo –aunque no aún lo reproductivo de lo sexual–, abrió culturalmente un campo para la sexualidad en sí misma, especialmente para la mujer. La mujer quedó con muchas más libertades para su formación intelectual, profesional, tecnológica e ingreso a los medios de producción y relación social. Parece indudable el cambio del lugar, función y poder de la mujer en el siglo pasado, lo que aumentó una continua y creciente disminución del poder del hombre en la familia y en la sociedad. Se ha llamado la declinación de la «imago paterna» pero especialmente veo allí una declinación de la concentración de poder y un aumento en la distribución del poder en la familia, lo que aún dista mucho de una igualdad de condiciones. También algunos dijeron que esos nuevos lugares que pasó a ocupar la mujer eran contra natura, pues «naturalmente» correspondían al hombre. En tanto culturales y políticos es imposible hablar de algo «natural» y si bien lo sabemos, lo desmentimos.

Para el Psicoanálisis la diferencia entre los sexos ciertamente se juega en esa fase erógena genital infantil o fálica, que coincide como «organización» con el Edipo y la castración. Es allí donde se estructura la sexualidad y las identificaciones secundarias masculinas y femeninas, así como las posibles elecciones de objeto sexual. Ciertamente, también, es la inscripción inconsciente que disponemos de la sexualidad lo que determinará el deseo sexual humano y esta inscripción fálica se establece como consecuencia de la represión del goce fálico de completud que coincide con el amor incestuoso. Pero ¿qué es lo que queda de esto en el inconsciente que determinará la sexualidad de cada sujeto? Citaré a Julia Kristeva en «*Sobre la extrañeza del falo o lo femenino entre la ilusión y la desilusión*»¹⁵:

15 Julia Kristeva; Sobre la extrañeza del falo o lo femenino entre la ilusión y la desilusión. En: *Revista Psicoanálisis*, año 1998, vol. XX, N° 1, Psicoterapia y Psicoanálisis.

«...ya que el falicismo es reprimido y se vuelve inconsciente, el inconsciente es fálico. En otros términos, el inconsciente está desprovisto de genitalidad en el sentido de un reconocimiento de la diferencia sexual¹⁶... Nada en la teoría freudiana deja entender que exista un representante psíquico inconsciente del otro sexo como tal».

Esto nos permitiría entender que lo que llamamos *Falo* es la inscripción psíquica de la sexualidad reprimida y, en consecuencia, es esto lo que orienta al deseo sexual y no el «sexo opuesto», pudiendo o no coincidir con él. Sin embargo lo que tambalea es que lo que llamamos falo ya por su designación es masculino, mientras que lo que queda inscripto en el inconsciente como fálico es una diferencia sexual todo-nada, en cuanto a una excitación erógena real en esa zona, como escritura erógena inconsciente básica, que adquirirá las representaciones que lo real de los cuerpos diferentes de la niña y el varón permitan y que la cultura aporte como representaciones prevalentes a través del deseo de los padres. Claro que en una cultura falo céntrica patriarcal, si la alternativa última inconsciente es: *TODO-NADA*, no hay dudas que *TODO* es masculino y *NADA* femenino o diferente en general (negro, pobre, defectuoso, minusválido, perteneciente a creencias religiosas, políticas y/o a etnias minoritarias, etc.). Parece compatible sí el planteo freudiano de la organización fálica donde fálico es *TODO* y castrado es *NADA*, pero no así sostener la implicancia que desde ahí se construye la idea de masculino y femenino. Es en este punto donde los prevalentes culturales son decisivos a través del deseo de los padres para la conformación o construcción de las sexualidades.

La declinación del poder del padre parece haber aumentado la diversidad de representaciones fálicas. Los imaginarios representacionales fálicos son diversos y entre ellos los hay también femeninos. Siempre los hubo y de esto es testimonio la producción artística y artesanal a través de la historia de la humanidad. Lo que Freud describió como bisexualidad humana no escapa al falo y las creaciones artísticas-artesanales a lo largo de la historia dan cuenta de falos femeninos y mixtos a los que se los ha comprendido

como expresiones de la bisexualidad. Sin embargo nos debería hacer pensar que la idea de falo no es ni masculina ni femenina en sí misma.

Que la cultura tiene una acción decisiva sobre las sexualidades singulares no debería ser hoy un tema en discusión sino cómo entender esta acción y sus límites. El límite de las acciones *performativas-realizativas*¹⁷ de los discursos que, como escribí anteriormente, propone Judith Butler, pienso que puede ser la experiencia erógena-pulsional que cada bebé aporta al deseo de los padres, lo que la hará siempre una experiencia inconsciente singular y no un printing realizativo de ellos (Austin, Butler).

Si esto es así, los cambios sociales y culturales en las representaciones masculinas y femeninas y sus valores entrarían tempranamente en juego en la construcción de las sexualidades humanas, no solo como cambios de presentaciones (imaginarias) de la sexualidad sino como variaciones en su constitución misma. La diversidad (lo diverso) parece estar más en las representaciones posibles del falo. Lo diferente, en la diferencia entre el deseo del sujeto y del otro o partenaire, es decir, en la alteridad sexual o alteridad de los deseos sexuales, más allá de lo genital anatómico. La cultura tiende a disciplinar de distintas formas lo diferente. Al cambiar estos disciplinamientos es posible pensar que cambie la construcción de las sexualidades y la cualidad de los deseos, afirmación que no se lleva bien con una idea de estructura psíquica y sexual inmutable.

FINALMENTE...

La excitación «REAL» («reiz» freudiano) en la fuente pulsional («quelle») o zona erógena, que es lo que guía a Freud a determinar el lugar corporal

17 John Copjec, *El sexo eutanasia de la razón e Imaginemos que la mujer no existe*, discute a Butler siguiendo varias líneas. La objeción psicoanalítica radica en que Copjec ubica a la diferencia de sexos como «real» (esto la haría no deconstruible ni construible) y destaca el carácter compulsivo de la pulsión sexual (Capítulo 1 de: *El Sexo Eutanasia de la razón...*). Las ideas de Butler sobre la extensión que le da a la función performativa sobre el sexo, para Copjec resultan producto de un «voluntarismo». Sin embargo pienso que la discusión está lejos de quedar cerrada por cuanto lo real de la diferencia (que sí es en lo real) no decide la construcción del cuerpo erógeno ni la asunción simbólica de la(s) diferencia(s), ni la identificación sexual, ni la elección de objetos. No obstante sí nos plantea un límite a la función performativa de la cultura.

y el momento de las etapas del desarrollo libidinal (oral, anal y fálica), está presente por igual tanto en la niña como en el varón. Ambos sienten la excitación fálica y recurren al autoerotismo de la masturbación para la satisfacción. En este sentido «real» («lo real») del «reiz»¹⁸ fálico en la zona erógena no hay privación para la niña. Privada de pene anatómico sí, privada de disponer de una imagen de su cuerpo en la propia zona erógena que le haga observable la excitación en la imagen, también. Pero no privada de la excitación fálica en esa zona, que es lo que ancla (fija) lo fálico (reiz) a representaciones, tanto en el varón como en la niña. Ambos están en la organización fálica porque ambos tienen excitación en dicha zona erógena con el autoerotismo correspondiente. Lo que disponen de forma diferente es de representaciones corporales a ser investidas por esa libido fálica (Triebbesetzt). Es a nivel de las representaciones, imágenes, que se produce la diferencia entre la niña y el varón, por las diferencias de sus cuerpos y por cómo la cultura valora y organiza esas diferencias. La niña estrictamente está castrada en relación a la imagen investida fálicamente por el varón, su pene. Pero no está castrada ni privada en lo real de su excitación y satisfacción de la zona erógena fálica, ni por carecer de representaciones corporales sexuales diferentes y de gran valor. El varón inviste fálicamente la imagen de pene que adquiere gran valor narcisista, claramente mucho más por esa investidura erógena que recibe y por el valor que le adjudica la cultura que por el grandor propio de su órgano infantil. Pero el niño inviste también con libido fálica otras imágenes de su cuerpo y de los objetos del mundo, lo que le permite jugar en otros escenarios la fase fálica. Lo mismo la niña, pudiendo investir a la representación del pene del varón por ser lo que le falta en la diferencia –lo cual adquiere mucho valor– y por el énfasis con que la cultura tiene valorada a esa representación –lo cual no es en absoluto menor–. Es en este sentido que aparece la vivencia imaginaria de castración en la niña, pero que en absoluto le es exclusiva, pues también es prevalente en la vida psíquica del niño. Si el varoncito estuviera tan seguro que posee el falo en el pene, no tendría tantas fantasías y angustias de que

18 Excitación pulsional endógena, en la zona erógena fálica.

puede perderlo y no tendría la necesidad tan imperiosa de estar generando diversas imágenes de madres y mujeres fálicas. El pene sería siempre falo en una especie de priapismo permanente. La detumescencia, mucho más duradera pone al pene en posición no fálica, lo cual permite el ingreso a esos otros escenarios simbólicos. Pero especialmente, si el varón tuviera esa seguridad del imaginario fálico en el pene, no tendría motivos para resignar la posesión fálica e ingresar a partir de la falta en un sistema sexual de intercambios simbólicos. La fuerza del imaginario de la castración en la niña y el varón permite que se introduzcan en todos los juegos simbólicos de la vida a través del «don»¹⁹.

Las representaciones investidas por libido fálica (en la niña y en el varón) dependerán de las representaciones de su cuerpo y del mundo que soporten mejor esa investidura, tanto sea por las experiencias inconscientes tempranas con sus progenitores (deseo de los padres) como por la prevalencia que la cultura establezca sobre ciertas representaciones que serán aportadas por los padres, lo que ya habita tanto el yo ideal como el ideal del yo. De la singularidad de este armado psíquico representacional y del circuito del deseo fálico dependerá la posición sexual del sujeto y la elección sexual de los objetos. Lo real de la pulsión en su zona erógena no tiene traducción en un determinismo biológico sino en un sustrato erógeno que ancla a las representaciones y resigna parcialmente su goce en los significantes que le permiten entrar a jugarse con los otros en diferentes juegos y niveles. Lo perverso aparece no cuando se desmiente la diferencia anatómica de sexos necesariamente sino cuando se desmiente la diferencia de la sexualidad con el otro-partenaire, cuando no hay diferencia en los deseos considerados, no se reconoce la diferencia del deseo del otro como partenaire y en consecuencia no hay alteridad en el juego sexual. Y esto puede ser mucho más habitual en las parejas formalmente constituidas como heterosexuales que lo que se supone. Pero sin dudas, la discusión actual sobre las perversiones es necesario actualizarla. Me refiero sobre esto aquí solo a los efectos de retomar el concepto de perversión

19 Marcel Mauss, *Ensayo sobre el don. Forma y razón del intercambio en las sociedades arcaicas*. 1925, Katz, 2010.

de un olvido, o mejor, desestimación, producto de los ligeros cambios ideológicos actuales.

El concepto de «falo» tiene la bondad y riqueza de enlazar dimensiones muy diferentes pero que se anudan en la condición humana. Me refiero reiteradamente a un nivel «real» de excitación y goce del cuerpo erógeno, un nivel de la imagen–representación que viene desde el mundo cultural pero se engarza con lo sensorial investido por la pulsión, el deseo de los padres (u otros significativos que cumplan esa función) que arma el juego erógeno coreográfico²⁰ junto al bebé e introduce las pautas de intercambio a través de las zonas erógenas, permitiendo (o no) que la excitación se haga juego de intercambio placentero que permite el ingreso al mundo simbólico del lenguaje en sus múltiples formas. El «falo» es el rastro y símbolo de la sexualidad humana en tanto reprimida como goce auto erótico e incestuoso. Su inscripción inconsciente es rasgo del «no todo» de la castración y, como tal es motor de búsqueda, moción, hacia el «falo» supuesto en el otro. En la secuencia de estas frases oscilamos entre una noción de falo «real» (excitación-«reiz»), falo simbólico (castración simbólica) y falo imaginario (el que se supone en el otro), juego que, constituido permite jugar el placer sexual en la diferencia de los deseos. Históricamente el papel de la cultura e ideologías en la constitución de ese lazo ha sido muy fuerte, tanto en el marcaje de la prevalencia de las representaciones en juego que luego serán tomadas por cada sujeto atrapado en esa estructura de valores, como en la determinación de las reglas de los intercambios, lo permitido y lo prohibido, lo valorado y lo rechazado, castigado con el azote, la prisión, el exilio o la hoguera. A la luz de estas ideas que propongo pensar lo admitido y lo

20 «El cuerpo erógeno podría pensarse como una 'escritura coreográfica' que engarza a la pulsión parcial con rasgos o signos, siempre producido en actos erógenos –'coreográficos'– con otros. Las marcas y rasgos corporales, sean estos propios del cuerpo real o implantados–esculpidos en él, no tienen necesariamente un significado adherido. Sobre ellos se ejercen lecturas que dependen de la estructura erógena y signica de las marcas y del contexto epocal y cultural donde se realizan ambas. Una de las características de las marcas significantes no adheridas a sentidos fijos es la resignificación. La metáfora coreográfica apunta a abarcar la importancia de los cuerpos (erógenos) en juego, sus movimientos, gestos, contactos, separaciones, miradas, sostén, desencuentros, olores, placer y dolor, junto a palabras. Experiencia sensible de transmisión que, al igual que en la danza, no puede ser explicada sino vivida con el otro» (García, J.; 1995).

perverso en cada momento de la historia no necesariamente coinciden con la posibilidad humana de una sexualidad placentera jugada simbólicamente o una estructura perversa que no reconoce –reniega– la diferencia de los deseos, lo cual no se restringe ni necesariamente pasa por la diferencia anatómica de los sexos biológicos. Pero claro está, todo dependerá de quién, dónde y cuándo haga y piense este lazo humano erógeno.

...SERÁ

He hablado de la independencia que la sexualidad ha ido tomando de la reproducción. El futuro parece ser el de la independencia inversa: de la reproducción respecto a la sexualidad. Muy difícilmente los descubrimientos humanos que pueden ejercer cambios no se usen a tales efectos. De hecho, para eso se los financió, para que llegara el momento de venderlos a gran escala, pues hay y habrá demanda y se creará más demanda con su oferta. ¿Podemos acaso descartar que dentro de unas décadas la reproducción a partir de una relación sexual no sea considerada tan irresponsable como hoy lo es tener relaciones sexuales sin preservativo? Con la posibilidad de saber la carga genética que transmitiremos a nuestros hijos, capaz de producirles malformaciones o enfermedades a mediano o largo plazo, ¿cómo descartar la manipulación genética? Pongo así un motivo que puede resultar ponderable (y «razonable») por tratar de evitar una enfermedad, pero considerando los intereses que circulan en nuestras sociedades actuales, el sexo –macho o hembra–, el color de piel y de pelo, la altura, las capacidades intelectuales y físicas, la prolongación de la vida, etc., podrían ser motivos igualmente elegibles para completar la manipulación. ¿Dónde está el límite? La creencia que generan la ciencia y las tecnologías actuales (verdaderas religiones actuales) y sus proyectos futuros, es que no hay límites. Claro está que las parejas gay podrán comprar óvulos y fecundarlos, a elección o al azar de los miembros de la pareja, alquilar un vientre y tener un hijo. Es decir, no solo adoptar. Por otra parte, como decían muchas consignas de los movimientos feministas en los 70, los hombres no somos necesarios a los efectos de la reproducción, solo a los efectos de la producción del material genético (por ahora). Pero ya las mujeres como pareja tampoco son necesarias al disponerse de óvulos y de vientres

de alquiler (aunque sí lo son como vientres de alquiler). Quiero decir, la tendencia a independizar cada vez más la reproducción de la sexualidad es clara; ha ido creciendo y abarcando los distintos elementos necesarios para lograr la descendencia. Difícilmente esto se detenga.

Dejando de lado los posibles efectos de estas acciones sobre los cuerpos que nos impactan con temor, lo que se destaca es una mayor independencia de la sexualidad respecto de la reproducción y viceversa, lo que libera a la sexualidad de sus amarras en la diferencia de sexos anatómica para el logro de descendencia y amplía las posibilidades de relaciones de parentesco. Esto ya viene sucediendo por causa del deseo sexual. A pesar de las amarras del deseo por causa de la descendencia y de la inserción social bienvenida a través de la pareja heterosexual y a partir de allí la familia, este igualmente mostró otras orientaciones de objeto y/o de identificación y/o de relaciones de parentesco. Es claro que la constitución sexual humana implica la bisexualidad como lo describió Freud y, además, como cité un texto de Eva Giberti: *biológicamente se nace macho o hembra pero no se nace hombre o mujer pues la sexualidad se adquiere*. No pienso que el concepto de «adquisición» sea el ajustado y, en esto establecería una discusión con ideas de Butler. Inevitablemente el deseo de los padres y la cultura que ellos mismos vehiculizan actúan sobre la sustancia del cuerpo del bebé y en la construcción de su erogeneidad. Pero estamos lejos de pensarlo como un «printing» y al bebé como tabula rasa. Lo real de la diferencia de los cuerpos del varón y la niña así como las diferencias de imágenes-representaciones a las que pueden acudir para dar cuenta de sus experiencias eróticas, nos muestra la existencia de una diferencia, sea cual sea la construcción de la sexualidad futura. Digamos, si la sustancia del cuerpo erótico es transformada por la experiencia inconsciente de deseo y cultura lo es con ciertos límites de la sustancia misma. Seguramente es muy difícil o imposible saber exactamente de esos límites pero sí es posible no obviarlos y afirmar que hay un límite en la desconstrucción-construcción de los sexos y las sexualidades. La clínica analítica nos muestra esos límites más allá de los cuales se producen «variaciones sobre el mismo tema».

Sobre este punto de la construcción de los sexos y las sexualidades, claro que hay discusión y sobre todo ha habido una gran censura y exclusión. Si la norma social es que la sexualidad está inextricablemente unida a la

reproducción y es subsidiaria de esta, digamos: *se disfruta con eso para que se reproduzcan, ese fue el sentido de poner ahí el placer*, lo que no obedecía a esa norma era justamente a-normal. Como siempre la psiquiatría y la psicopatología daban cuenta tanto de las normas sociales como de sus penalizaciones (la relación entre lo psiquiátrico lo judicial y lo policial fue en algún momento inextricable y hoy permanece). Si no iban presos eran socialmente rechazados y excluidos y considerados enfermos con un estigma dado por esa palabra: perversos. Claro, se puede decir que hoy todo vale y entonces desaparece la categoría de perversión. Es por esta razón que le dediqué algunas ideas a este tema. Me pareció interesante y útil también un concepto que manejó Joyce Mc Dougall hace poco tiempo en una entrevista que le realizaron. Sostuvo que la perversión como concepto se debería restringir a la pedofilia y a quienes no respetaban el deseo del otro en cuestión en la relación sexual: violaciones²¹.

Puede resultar una definición descriptiva, ligera desde el punto de vista de la teoría psicoanalítica, es cierto. Pero podemos ver que queda colocado el límite en el respeto por la alteridad en el deseo. Es decir, no se centra en aceptar o no la diferencia como diferencia de sexos sino en aceptar la diferencia de deseos entre dos sujetos. Si hay un lazo erógeno-simbólico en cada sujeto podríamos decir que hay un desencuentro inevitable cuando dos sujetos buscan hacer un lazo erótico, una diferencia básica sobre la cual se construyen los juegos humanos y sexuales posibles, desde la expectativa: ¿cuál será el des-enlace? ♦

21 Entrevista realizada a Joyce McDougall por Ezequiel Jaroslavsky y Graciela Consoli, en París el 13 de mayo de 2004. J. McD: «...hay una gran apertura hacia la aceptación de todas las sexualidades. Y como lo digo en mis libros, solo hay perversión cuando alguien impone su sexualidad a otro, que tal vez no sea competente, o que no quiere eso. Como es el caso del abuso de menores, la pedofilia, violación, exhibición, esas son para mí sexualidades perversas. Pero lo demás, no, ninguna sexualidad entre dos adultos, del mismo sexo o de sexo diferente, que estén de acuerdo entre sí, es perversa. Es simplemente una cuestión de atracción y de querer estar juntos. Y si quieren realizar juegos extraños entre ellos, bueno, que los tengan...»

RESUMEN

Los profundos cambios en los lugares sociales del hombre y la mujer a través de la historia se han visto acentuados en el transcurrir del siglo xx. Esto ha sido particularmente visible en los intercambios personales de la sexualidad tanto hetero como homosexual. La ciencia y la tecnología han agregado modificaciones vinculadas a los métodos anticonceptivos y a las posibilidades de descendencia. Estos acontecimientos cuestionan al Psicoanálisis en su teoría de la sexualidad, que se basa en los conceptos de sexualidad infantil, organización fálica y complejo de Edipo, cuyo desarrollo y conclusiones no coinciden necesariamente con las legalidades sexuales actuales.

En este texto se trabaja, especialmente, la noción de Fallo en Psicoanálisis, su raíz erógena de excitación real en ambos sexos, sus imaginarios sociales organizados en ideologías falocéntricas así como sus imaginarios en cada sujeto y finalmente, su carácter de objeto del deseo, su función de referente diferenciador y organizador de los intercambios. El texto pone el acento en la separación Fallo-Pene en la medida que, en la organización fálica ambos sexos disponen de erogeneidad fálica gozosa y real, mientras que se diferencian en las representaciones corporales. La disponibilidad representacional dependerá de lo real de los cuerpos, de la experiencia erógena de cada sujeto y del valor social de las representaciones en juego.

Descriptor: FALLO / CULTURA / SEXUALIDAD / LO REAL / LO SIMBÓLICO / LO IMAGINARIO

Autores-Tema: Freud, Sigmund / Jones, Ernest / Lacan, Jacques /

Personajes-Tema: Butler, Judith

SUMMARY

During the twentieth century profound changes have taken place regarding the social place of man and woman. This has been particularly noticeable in the personal sexual interchanges, both hetero and homosexual. Science and technology have added modifications to contraceptive methods and child bearing possibilities. These facts challenge psychoanalysis, specifically in its theory of sexuality, which is based upon the concept of infantile sexuality, phallic organization and Aedipus complex, whose conclusions don't necessarily match with actual sexual legalities.

This text elaborates mainly the notion of phallum in psychoanalysis, its erogenous roots of real excitement, its social imaginaries organized in phallogocentric theories as well as its imaginaries in each subject, and finally its nature of object of desire, its function as organizer of interchanges. The text emphasizes in the distinction of phallum-penis in as much as in the phallic organization both sexes have real and enjoyable phallic erogeneity, whereas they differ in regard to bodily representations. The chances of representation will depend on the corporal differences, on each subject's erogenous experience and the social value of the representations at stake.

Keywords: PHALLUS / HUMAN CULTURE / SEXUALITY / THE REAL / THE SYMBOLIC / THE IMAGINARY

Authors-Subject: Freud, Sigmund / Jones, Ernest / Lacan, Jacques /

Characters-Subject: Butler, Judith

BIBLIOGRAFIA

- BADIOU, A., *El ser y el acontecimiento*. Bs. As., Manantial, 1999.
- BUTLER, J., *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del sexo*. Bs. As., Paidós, 2003.
- *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Bs. As., Paidós, 2007.
- *Deshacer el género*. Bs. As., Paidós, 2006.
- COPJEC, J., *El sexo eutanasia de la razón*. Paidós, Ibérica, 2006.
- *Imaginemos que la mujer no existe*. Bs. As. Fondo de Cultura Económica, 2002.
- FREUD, S. La organización genital infantil (Una interpolación en la teoría de la sexualidad). En: *O. C. T. XIX*, 1923, Bs. As., Amorrortu, 1976.
- El sepultamiento del complejo de Edipo. En: *O. C. 1924*, T. XIX, Bs. As., Amorrortu, 1976.
- Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa (Contribuciones a la psicología del amor. II). En: *O. C.*, 1912, T. XI, Bs. As., Amorrortu, 1976.
- Análisis de la fobia de un niño de cinco años (Pequeño Hans) En: *O. C.*, 1909, T. X, Bs. As., Amorrortu.
- GARCÍA, J., Cuerpo e inconsciente. Coreografía, cuerpo e inscripción. En: *Rev. Docta*, Córdoba, año 3, número 2, otoño de 2005.
- Coreo-grafías. Inscripciones arcaicas. En: *Lo arcaico, temporalidad e historización*. Mvdeo., APU, 1995.
- GIBERTI, E. *Adopción*. Bs. As., Siglo XXI, Sudamericana, 2010.
- JONES, E. *Papers on Psycho-Analysis*. «El desarrollo precoz de la sexualidad femenina» (1927) y «El miedo, la culpabilidad y el odio» (1929).
- KRISTEVA, J. Sobre la extrañeza del falo o lo femenino entre la ilusión y la desilusión. En: *Revista Psicoanálisis*, APdeBA, año 1998, vol. XX, N° 1, Psicoterapia y Psicoanálisis.
- LACAN, J. *Seminario 11, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis (1964)*, Bs. As., Paidós.
- *Seminario 6. El deseo y su interpretación*. Bs. As., Paidós.
- *Escritos 1, La significación del falo*. p. 283. Bs. As., Siglo XXI.
- LEMOINE-LUCCIONI, E. *La partición de las mujeres*. Bs. As., Amorrortu, Du Seuil, 1976.
- STOLLER, R. 1968. *Sex and gender*. New York, Science House.